

dejado perder; creyendo por último que era una nueva ocasión la guerra de España, aunque hacía seis meses estaba titubeando sobre si sacaría ó no partido de ella, pero sin embargo haciendo sus armamentos con actividad cada vez mayor; esta potencia, pues, parecía ya próxima á declararse abiertamente. Todos los preparativos militares que hacía en la extensión de su imperio, todas las intrigas políticas que iba conduciendo con los gabinetes europeos, descubrían una resolución ya madura. Por otra parte, la aproximación de la primavera hacía pensar que sólo quedarían unos dos ó tres meses para disponerse á hacerle frente. Convenía por lo tanto darse prisa para no ser cogido de improviso; pero cabalmente una de las cualidades más sobresalientes de Napoleón era su arte de saber aprovechar el tiempo y de crear como por milagro lo que le hacía falta, del cual iba á dar una nueva y maravillosa prueba.

Tenía que conducir simultáneamente con los preparativos militares las negociaciones que debían precaver la guerra, ó hacer su resultado más seguro por medio de bien concertadas alianzas. Pocos meses antes, á su primer regreso de España, había tenido con el embajador de Austria explicaciones tan francas y extensas y sin embargo tan poco fructuosas, que el volverlas á promover parecía además de superfluo poco decoroso. Juzgó Napoleón que la conducta que verdaderamente le convenía adoptar era guardar la mayor reserva con respecto á aquel embajador, tratando al propio tiempo con la mayor franqueza á los otros, y desplegando al par una grande actividad administrativa, como modo único de suscitar en Viena reflexiones útiles y juiciosas, si todavía era tiempo de hacerlas. En consecuencia mostróse á Mr. de Metternich con extremada urbanidad, pero frío y sobrio en palabras, é hizo que toda la familia imperial, que ordinariamente le recibía con agasajo, imitase su reserva. Recibió por el contrario con mucha expansión á los demás embajadores; les manifestó el motivo de su vuelta á París, y les declaró que los armamentos que hacía el Austria, á los que iba á responder con medidas formidables, eran la causa de haber regresado con tanta celeridad. «Parece ser, les dijo, que las aguas que bañan á Viena son las del Leteo, y no las del Danubio, según la facilidad con que allí se olvidan las lecciones de la experiencia. Habrá que repetirlas, pero yo aseguro que esta vez serán terribles. No quiero la guerra ni me trae cuenta, y la Europa entera es testigo de que todos mis esfuerzos y atención se dirigían hacia España, que es el campo de batalla escogido por Inglaterra. El Austria, que salvó á los ingleses en 1806 en el momento de ir yo á atravesar el paso de Calais, vuelve á salvarlos ahora oponiéndome obstáculos en el instante en que iba á perseguirlos hasta la Coruña; pero esta diversión ha de serle costosa. O hace inmediatamente su desarme ó se verá precisada á sostener una guerra de destrucción. Si el desarme es de manera que no me deje la menor duda acerca de sus futuras intenciones, yo envainaré la espada porque no deseo sacarla más que en España y contra los ingleses; de lo contrario la lid será inmediata y decisiva y tan tremenda que la Inglaterra no vuelva á tener aliado en el continente.»

Produjo el emperador en todos los que le escucharon el efecto que deseaba, porque su lenguaje era sincero y veraz asegurando que no quería la guerra, pero que la

haría de una manera terrible si le obligaban á renovarla. Todos juzgaron que si bien Napoleón era el que la había promovido con su irregular conducta en España, el Austria cometía una grande imprudencia y temieron por la Europa las tristes consecuencias á que esta corte se exponía.

Desde la entrevista de Erfurt, el ministro de Negocios extranjeros de Rusia Mr. de Romanzoff se había visto detenido en Francia, ya por un motivo, ya por otro. Este ministro, según dejamos dicho atrás, había ido á París en pos de Napoleón con objeto de vigilar por sí mismo la marcha de las negociaciones que iban á entablarse con Inglaterra y acelerar todo lo posible la adquisición de las provincias del Danubio. Frustrada la negociación con Inglaterra, habría podido Mr. de Romanzoff volverse á San Petersburgo á dar cuenta á su joven soberano, que le esperaba con la mayor impaciencia; pero le detuvo un motivo dimanado del común deseo de entrambos. Habíanle dicho en París que dos meses bastarían para terminar los asuntos de España, reponer al rey José en su perdido trono, repeler á los ingleses á la mar, é inspirar á la Europa ideas de resignación en vez de sus conatos de resistencia á los proyectos concebidos y acordados en Erfurt. Podía por lo tanto haber verdadero interés en diferir todavía las insinuaciones que debían hacerse en Constantinopla con respecto á las provincias de Valaquia y Moldavia; porque si Napoleón salía completamente victorioso, ni el Austria se atrevería á emprender una nueva lucha, ni la Inglaterra encontraría aliados en el continente, ni los turcos valedores en mar ni en tierra, y la Rusia, sin conflagración europea, adquiriría las provincias del Danubio, como estaba próxima á adquirir la Finlandia por medio de una guerra enteramente local de escásima importancia. Bien merecía este motivo hacer un esfuerzo más de paciencia, cuando todo se reducía á un retraso de dos meses, tiempo que á Mr. de Romanzoff le parecía muy útil pasar observando los acontecimientos cuyo resultado esperaba. En este tiempo procuró estudiar cuidadosamente á aquel coloso de quien la Rusia había sido más bien cómplice que aliada; calculó su fuerza permanente y su fuerza pasajera; trató de apreciar debidamente el valor de los infinitos pareceres repetidos en San Petersburgo por los ecos de la diplomacia europea, y vivió entretanto como envuelto en una nube de incienso, porque la corte imperial tenía cargo de colmar de halagos y distinciones al antiguo ministro de Catalina y actual favorito de Alejandro: encargo puntualmente cumplido en París, donde hay tanta inclinación á agradar cuando no se interesa el orgullo en deprimir.

Pasó Mr. de Romanzoff hasta tres meses en París sin advertir cómo corría el tiempo, aunque procurando calmar la impaciencia de su soberano, que incesantemente le instaba para que volviese. Complió Napoleón su palabra, y en el prefijado plazo de dos meses dispersó como el polvo los ejércitos españoles. Arrojó á los ingleses de la península, puso á su hermano en Madrid, sin persuadir á nadie por eso de que la guerra de España hubiese concluído. No era esto lo que él había esperado; menos aún lo que había prometido, porque ya no era posible lisonjearse de realizar las grandes adquisiciones proyectadas en Oriente por un mero acto

de voluntad. Vió Napoleón en cuanto llegó á París á Mr. de Romanzoff, sedújole como seducía á todos, logró hacer con su talento lo que no había hecho con sus armas, expresóle su cólera de ver al Austria interponerse de nuevo en el momento crítico y arrancarle los ingleses de entre las manos, porque si hubiese emprendido, como decía, su perseguiamiento en persona, no habría escapado uno solo, y por último (recordando siempre las promesas que se le habían hecho en el vivac de Urschitz) se mostró resuelto á castigar con una venganza ruidosa aquella falta de buena fe. Confiado en los inmensos recursos que le quedaban, no tuvo que usar de bravatas ni de rendidos obsequios con el representante ruso; estuvo sí enérgico y positivo, y reclamó de él el cumplimiento de los compromisos contraídos en Erfurt, como hombre que estaba pronto á batirse todavía con todos, lo mismo con los que quebrantasen su palabra acometiéndole, como con los que la quebrantasen no auxiliándole después de haberse comprometido á hacerlo. «Si vuestro emperador hubiese seguido mi consejo en Erfurt, dijo á Mr. de Romanzoff, no estaríamos hoy como estamos; en vez de meras exhortaciones habríamos hecho amenazas formales, y el Austria habría depuesto las armas; pero en vez de obrar nos hemos contentado con hablar y ahora tendremos guerra, yo para lograr mi objeto en España, ustedes para acabar su empresa en Finlandia y comenzarla en Turquía. Cuento de todas maneras con la palabra de vuestro soberano, que me prometió poner á mi disposición un ejército si el gabinete de Viena se hacía agresor. Justo es que cumpla su promesa; que lleve con más actividad la guerra de Finlandia hasta concluir con esta pequeña potencia que le está molestando; que tenga un ejército considerable en el Danubio para frustrar en Turquía todas las intrigas de los ingleses y de los austriacos coligados; y por último que tenga un ejército imponente en el Vístula superior para hacer entender al Austria que la cosa va formal por nuestra parte. Por lo que á mí toca, voy á reunir en el Danubio y en el Po trescientos mil franceses y cien mil alemanes, y probablemente su presencia obligará al Austria á dejarnos en paz, que es lo que yo prefiero para ambos, porque en este caso os llevaréis la Moldavia y la Valaquia sin derramar una gota de sangre, y yo podré sin nuevos dispendios acabar de someter la península. Si no bastan estos alardes y tenemos que usar de la fuerza, ¿qué importa? acabaremos por siempre con cuanto se oponga á nuestros comunes proyectos. Pero que nuestra alianza en paz y en guerra sea franca y efectiva: así nos lo hemos mutuamente prometido, y así lo espero.» A este lenguaje, tan propio de un hombre libre de toda intimidación, agregó Napoleón el agasajo necesario para completar el efecto que quería producir, y así obtuvo de Mr. de Romanzoff las más satisfactorias declaraciones. No disimuló éste la pesadumbre que le causaba el ver á la Rusia expuesta á un choque con el Austria; la dificultad de las adquisiciones proyectadas en Oriente agravada con todos los obstáculos que encontraba la política francesa en Occidente, y en suma que el círculo de la contienda se extendía en vez de reducirse; pero reconoció la necesidad de dirigir explicaciones enérgicas á la corte de Viena para precaver la necesidad de obrar; convino en que era menester añadir á las pala-

bras ciertas demostraciones si aquéllas habían de ser eficaces, y prometió que la Rusia pondría un ejército en Galitzia, dispuesto á tomar bien la ruta de Praga ó bien la de Olmutz, para marchar sobre Viena.

Satisfecho Napoleón de Mr. de Romanzoff y para probarle hasta qué punto prefería la paz á la guerra, emitió la idea de ofrecer al Austria la doble garantía de la Francia y de la Rusia para la conservación de sus actuales Estados: garantía que debía tranquilizarla completamente si eran sinceros los temores que decía haberle inspirado los sucesos de Bayona. En efecto, á no haber mediado más que temores personales en los motivos que determinaban al Austria, la idea de esa garantía hubiera debido contentarla y evitar la guerra. Mr. de Romanzoff la acogió para transmitirla al instante así á su corte como á la de Viena.

Agregó Napoleón á sus coloquios con Mr. de Romanzoff mil delicadas atenciones, como la de conducir le él mismo á las manufacturas de los Gobelinos, de Sevres y de Versailles, esmerándose siempre en mostrar al ministro ruso las maravillas de su imperio y queriendo á cada instante regalarle preciosos ejemplares: á tal punto que Mr. de Romanzoff, como él mismo decía, no se atrevía ya á elogiar nada delante de un soberano tan espléndido, por temor de que le obligase á recibir nuevos presentes de tapices, porcelanas y armas de lujo.

Después de tratar así al embajador de su principal aliado, se condujo Napoleón con el mismo acierto con los ministros de la Confederación del Rin. Dijoles, y escribió á sus respectivos soberanos los reyes de Baviera, Sajonia, Wurtemberg y Westfalia, y á los duques de Baden, Hesse y Wurtzburgo, que no quería exponerlos á hacer dispendios anticipados exigiendo la reunión inmediata de sus tropas; pero que los amonestaba á que la fuesen disponiendo poco á poco, porque esperaba un próximo rompimiento de hostilidades; que para precaver la guerra, si aún era tiempo, ó para hacerla con fortuna si era inevitable, era menester ponerse en situación de contrastar la fuerza con la fuerza; que por su parte iba á reunir ciento cincuenta mil franceses é italianos en el Po, otros ciento cincuenta mil franceses en el Danubio superior, y que contaba con unos cien mil alemanes; por último, que con estos cuatrocientos mil hombres precavería la guerra, ó la haría decisiva, y libraría para siempre á sus aliados de los amagos que el Austria pudiera hacer contra las potencias alemanas, en otro tiempo dependientes ó feudos de su imperio. Escribió particularmente á los reyes de Baviera y de Sajonia exigiéndoles formalmente la reunión de una parte de sus fuerzas en las cercanías de Munich, Dresde y Varsovia. Desconfiando de la Prusia, que podía sentir estímulos de imitar al Austria y de intentar con un acto de desesperación el desquite de su mala estrella, notificó á esta potencia que si llegaba á armar un solo hombre más de los cuarenta y dos mil que estaba autorizada á reunir según sus convenios secretos, al momento le declarararía la guerra. Encargó á la Rusia que notificase en Koenigsberg que el más leve acto de hostilidad ocasionaría una nueva lucha mortal para unos y otros á la primera demostración de quererse reunir con el Austria.

A estas manifestaciones, que debían ser tanto más significativas cuanto que se apoyaban en precauciones

no menos positivas que aparentes, acompañó Napoleón varios movimientos de tropas, que eran mero resultado de combinaciones ya concebidas y ordenadas desde Valladolid. Fueron estas combinaciones tan extensas como lo reclamaban la situación y el número de los enemigos, conocidos y desconocidos, con quienes iba á habérselas en breve.

Mientras se hallaba en España, previendo Napoleón que el Austria acabaría por romper las hostilidades hacia la primavera, á pesar de haber querido intimidarla con la presencia de los dos emperadores en Erfurt, á pesar de no estar enteramente preparada, y de no hallarse por último molestada hasta el punto de perder enteramente la paciencia, había vigilado con extremada solicitud el cumplimiento de sus órdenes. Tenían por objeto las principales el alistamiento de las dos conscripciones autorizadas por el senado en septiembre de 1808. Comprendía la una los cupos de 1810, alistados según era costumbre con un año de anticipación, y que sin embargo no podían ingresar en las cajas hasta 1.º de enero de 1809, ni debían durante este año emplearse más que dentro del país. Subía este alistamiento á ochenta mil hombres. Pero este llamamiento no bastaba á Napoleón, atendidos sus proyectos, é ideó exigir el de los residuos de las conscripciones anteriores de 1806, 1807, 1808 y 1809, cada una de las cuales sólo había suministrado unos ochenta mil hombres. Los ciento quince departamentos en que estaba dividida la Francia en aquella época, no ofrecían mucha mayor población que la de los ochenta y seis de la división actual, puesto que la clase de donde sale la conscripción se compone hoy de trescientos veinte mil mozos útiles y los ciento quince departamentos suministraban trescientos setenta y siete mil. Pretendía Napoleón que no era suficiente alistar de trescientos setenta y siete mil hombres ochenta mil y que podía alistar hasta cien mil, es decir, algo más de la cuarta parte. Podía esto muy bien hacerse, pero con tal de que no se repitiese con frecuencia, porque no hay población que no desaparezca en breve si cada año se le cercena la cuarta parte de los mozos que llegan á la edad viril.

Quiso, pues, que fuese de cien mil hombres la contribución de sangre anual de la población, con lo cual quedaba autorizado, por lo tocante al tiempo transcurrido, á reclamar un suplemento de veinte mil hombres por cada una de las clases anteriores. Este llamamiento tenía la ventaja de proporcionarle jóvenes mucho más robustos que los que generalmente alistaba, puesto que no bajarían de los veinte años, al paso que los de 1810 sólo tenían unos diez y ocho. Pero era un grave inconveniente sacar de sus hogares á unos hombres que podían juzgarse exentos de todo servicio por haber ya dado su contingente la clase á que pertenecían. Así que, para atenuar el mal efecto de esta medida, se puso mucho cuidado en agregar á la decisión del senado que las clases anteriores al año 1806 quedarían definitivamente libres, con lo que quedaban desgraciadamente sujetas al gravamen de los nuevos alistamientos las clases de 1806, 1807, 1808 y 1809. Para neutralizar todavía mejor el descontento se renunció al derecho de arrancar de sus familias á los que en el intervalo habían contraído matrimonio; mas esta atenuación de la nueva medida contribuyó muy poco á calmar la pesadumbre

de la población, que veía encarecerse todos los días los substitutos y sucederse las reclamaciones sin interrupción. Por lo demás, exceptuados algunos departamentos del Oeste, donde empezaron unos cuantos prófugos á resucitar la facción de los chuanes y donde los escarmientos fueron tan pronto como severos, la obediencia fué general y los alistados no bien ingresaban en las filas se impregnaban en el buen espíritu del ejército francés.

Había que dar empleo á aquel cuantioso alistamiento de jóvenes, y nadie como es sabido igualó jamás á Napoleón en el arte de saber organizar. Había decretado hacía dos años la formación de todos los regimientos á cinco batallones cada uno. Varias causas habían impedido hasta entonces el riguroso cumplimiento de esta medida; en primer lugar, el número de los reclutas que aún no era suficiente y que sólo podía serlo con la entrada en los diversos cuerpos de los ciento setenta mil hombres recientemente llamados á tomar las armas; en segundo lugar el gasto, que no podía menos de ser considerable; por último, el movimiento de los regimientos, trasladados sin cesar de un punto á otro, y que cuando no empleaban el tiempo en combatir lo gastaban en pasar del Vístula al Tajo y del Po al Ebro. Por todas estas causas la mayor parte de los regimientos estaban aún ocupados en la creación de su cuarto batallón y casi ninguno había formado el quinto.

Después de enviar á España tres cuerpos del grande ejército, á saber, el del mariscal Víctor (antes primer cuerpo), el del mariscal Mortier (antes quinto cuerpo) y el del mariscal Ney (antes sexto cuerpo), con las tropas que habían formado el cuerpo del mariscal Lefebvre, además de todos los dragones; después de destacar del ejército de Italia fuerzas con que triplicar el ejército de Cataluña, dejó Napoleón sumamente empobrecida en cuanto á soldados veteranos toda la parte de Alemania. Quedábanle con el nombre de ejército del Rhin y bajo las órdenes del mariscal Davout, seis divisiones de infantería, que eran: las soberbias divisiones de Morand, Friant y Gudin (que habían antes compuesto el tercer cuerpo), la excelente división Saint-Hilaire, que había formado parte del cuerpo del mariscal Soult; la famosa división de granaderos y cazadores de Oudinot, que estaba actualmente en el Henao; la división de Dupás, que constaba tan sólo de dos regimientos y cubría con los holandeses la guarnición de las ciudades anseáticas; catorce regimientos de coraceros, tropa incomparable que no había infantería en Europa que pudiese resistir; por último, diez y siete regimientos de caballería ligera, la más ejercitada del mundo, y una formidable artillería. A estas fuerzas había que agregar las dos divisiones de Carra Saint-Cyr y de Legrand, pertenecientes antes al cuerpo del mariscal Soult, y en la actualidad encaminadas á París para hacer un amago hacia el campamento de Boloña; y las dos divisiones de Boudet y Molitor, detenidas largo tiempo en el Elba como núcleo de un ejército de reserva en 1807, y después conducidas sobre Lyon en la expectativa de una expedición contra Sicilia, siempre proyectada y nunca cumplida. Sin embargo, estas rozagantes tropas que eran las más aventajadas de toda Europa, no formaban más que un total de ciento diez mil hombres, después de descontar todos los soldados

que por su edad ó sus heridas eran incapaces de servir. No podía Napoleón domeñar con estas solas fuerzas á la casa de Austria por muy buenos que fuesen los soldados que las componían, por lo cual resolvió aumentarlas del modo siguiente. Comprendía el ejército del Rhin veintidós regimientos de infantería, en que habían ingresado sus tres batallones de guerra desde que empezaron á formarse los cuartos batallones. Este mismo ejército, cuando sus regimientos tuviesen ya cuatro batallones de guerra con la creación de los quintos batallones, iba á ofrecer un total de ochenta y cuatro batallones ó setenta mil infantes. El cuerpo de Oudinot, compuesto de compañías de granaderos y cazadores, destacadas desde su origen de los regimientos que no formaban parte del ejército activo, no tenía ya en la actualidad las mismas razones para subsistir. En efecto, ahora que los regimientos operaban tan lejos de sus depósitos y tenían á un mismo tiempo batallones en Alemania, en Italia y en España, era ya difícil destacar las compañías de preferencia para enviarlas á tan considerables distancias. Por otra parte, teniendo Napoleón en su guardia imperial una tropa escogida que adquiría diariamente nuevo desarrollo, no estaba ya reducido como antes á proporcionársela reuniendo compañías de granaderos y cazadores. Ideó, pues, convertir sencillamente el cuerpo de Oudinot en una reunión de cuartos batallones destacados de los regimientos á que pertenecían; y desde luego, como este cuerpo contenía veintidós compañías de cazadores y granaderos pertenecientes al ejército del mariscal Davout, se las envió todas á fin de que en su ejército sirviesen de núcleo para la formación de los cuartos batallones. Para completarlos debían las compañías de fusileros salir cuanto antes de los depósitos diseminados en Alsacia, Lorena y Flandes. Las demás compañías de preferencia del cuerpo de Oudinot pertenecían á treinta y seis regimientos que habían sido llevados de Alemania á España, y resolvió asimismo Napoleón convertirlas en núcleo de treinta y seis cuartos batallones que por de pronto sirviesen en Alemania, reservándose el irlos acercando más adelante á España si seguían sirviendo en ella sus respectivos regimientos. Las compañías de fusileros se las enviarían sucesivamente de los depósitos del Norte y del Este de la Francia. Debían distribuirse en tres divisiones de doce batallones cada una, y presentar después de su formación una fuerza de treinta mil infantes.

Las cuatro divisiones de Carra Saint-Cyr, Legrand, Boudet y Molitor, comprendían doce regimientos de á tres batallones de guerra en la actualidad, pero que iban en breve á tener cuatro, con lo que constarían de cuarenta y ocho batallones más, equivalentes á treinta mil hombres. De este modo podía el ejército del Rhin ascender á ciento treinta mil infantes sin contar los cinco mil de la división de Dupás. Quiso también Napoleón sacar del numeroso alistamiento que tenía mandado, gente para dar á todos los regimientos de caballería mil cien hombres, con lo cual subiría su fuerza á noventa mil combatientes. Los catorce regimientos de coraceros reunían en filas de once á doce mil jinetes, y esperaba, sacando de los depósitos todos los mozos disponibles, aumentarlos hasta trece ó catorce mil. Propóniase extender hasta catorce ó quince mil jinetes la fuerza efectiva de los diez y siete regimientos de caba-

llería ligera, y resolvió asimismo sacar partido de los veinticuatro regimientos de dragones que tenía ocupados en España. Una fuerza tan colosal era más que suficiente para ocurrir á todas las necesidades de la campaña, y atendidas principalmente las de las otras guerras que en el Norte de Europa se preparaban. Además había en los depósitos sobra de dragones ya perfectamente instruidos, que Napoleón creía por entonces más útiles en Alemania que en España. Mandó por lo tanto al estado mayor de Madrid que restituyese á su respectivo depósito el cuadro del tercer escuadrón de guerra, agregando á los dos primeros escuadrones la gente idónea, con lo cual las fuerzas activas empleadas en España debían quedar con corta diferencia invariables, y suministrar cuadros para utilizar los jinetes ya formados en los depósitos. Era su proyecto sacar sucesivamente de éstos, para llevarlos al cuadro de los terceros y cuartos escuadrones, todos los hombres capaces, y enviarlos en seguida á Alemania, componiendo con estos cuarenta y ocho escuadrones doce regimientos provisionales de dragones, de cuatro escuadrones cada uno. Los depósitos de dragones estaban diseminados por el Langüedoc, Guiena, el Poitou y Anjou. Esperaba de este modo Napoleón reunir primero tres, luego seis, y por último hasta doce mil dragones, en cuanto hubiese la conscripción producido el personal necesario. Podía por lo tanto confiar en que juntarían antes de dos meses de trece á catorce mil coraceros, unos catorce mil húsares y cazadores y tres mil dragones, casi todos veteranos: esto es, unos veinte mil jinetes. Con ciento treinta mil infantes, treinta mil jinetes, treinta mil artilleros, cinco mil hombres de la división de Dupás y quince ó veinte mil de la guardia, bien podía reunir doscientos mil franceses en Alemania, que, con los cien mil alemanes y polacos auxiliares, debían asegurarle una fuerza de trescientos mil combatientes en el Danubio. Este mismo sistema de formación iba á proporcionarle otra de cien mil en Italia.

Tenía Napoleón en Italia doce regimientos de infantería, cuya reforma en regimientos de á cuatro batallones estaba casi terminada, empezando ya la formación de los quintos batallones. Hallábanse repartidos en cuatro divisiones de á tres regimientos, y de nueve á diez mil hombres cada una comprendida la artillería. La primera de estas divisiones estaba en Udine, la segunda en Treviso, la tercera en Mantua y la cuarta en Bolonia. Habíanse recobrado del ejército de Dalmacia los terceros batallones de los ocho regimientos que componían este ejército, incluyendo los hombres útiles en los dos primeros batallones y retirando solamente el cuadro del tercero, con lo que no había sufrido disminución perceptible la fuerza efectiva destinada á la custodia de aquella apartada provincia. Por medio de estos ocho cuadros de terceros batallones, y de la creación de otros ocho que de la nueva organización resultaban, habíanse reunido diez y seis batallones de infantería que componían en Padua una quinta división de doce mil hombres por lo menos. La tranquilidad que gozaba el ejército de Italia y el esmero con que había procurado Napoleón asegurarle su parte en todos los alistamientos, habían hecho que las nuevas formaciones estuviesen allí más adelantadas que en parte alguna. Formóse por último con varios terceros y cuartos batallones del ejér-

cito de Nápoles y dos regimientos enteros sacados del mismo Nápoles, una arrogante división que custodiaba el Estado romano bajo las órdenes del general Miollis. Había mandado Napoleón á Murat, ya rey de las Dos Sicilias, que distribuyese su ejército en dos divisiones, situando una entre Nápoles y Reggio y otra entre Nápoles y Roma, de modo que esta última hiciese disponible la división de Miollis, destacando en caso de necesidad una brigada sobre Roma. Los ingleses por su parte tenían bastante en que entender en España, con no poca ocupación para lo futuro en todo el litoral germánico si llegaba á encenderse de nuevo la guerra en el Norte, para que pudieran ser muy temibles sus tentativas contra la parte meridional de Italia. Podían, pues, reunirse seis divisiones comprensivas de cincuenta y ocho mil infantes, casi todos veteranos, que no se habían batido hacía mucho tiempo y que tenían gran deseo de renovar su antigua costumbre, y acudiendo á los depósitos podía obtenerse un nuevo refuerzo de cinco regimientos de dragones, y cinco de húsares y cazadores: entre unos y otros ocho mil caballos, fuerza suficiente para la Italia. Agregando seis mil artilleros podía reunirse un ejército de sesenta y dos mil franceses; y si además se aumentaban diez y ocho ó veinte mil italianos, y diez mil franceses de la Dalmacia para el caso de seguir avanzando, iban á juntarse en Italia al pie de cien mil hombres, que era muy fácil trasladar á Alemania. Este conjunto de fuerzas permitía anonadar á la casa de Austria con cuatrocientos mil combatientes.

Estas diversas formaciones, dispuestas mientras Napoleón mandaba en España, esto es, en los meses de noviembre y diciembre de 1808, y aceleradas en enero de 1809 mientras se hallaba establecido en Valladolid, se activaron todavía más desde su regreso á París. Pero al paso que el ingreso de los soldados en los depósitos se efectuaba con gran rapidez, había otras partes de la organización que adelantaban muy poco. El equipo, siempre tardío, la instrucción, que no puede improvisarse, y la formación de los nuevos cuadros, que ocupa á un número considerable de oficiales capaces, dejaban mucho que desear. Verdad es que desde este último punto de vista nuestras tropas veteranas ofrecían á Napoleón grandes ventajas; pero había que reunir todos los elementos diseminados de aquellas diversas creaciones, y la naturaleza de las cosas, aunque menos rebelde para el genio, nunca obedece á la voluntad completamente. Todo lo que el genio puede conseguir es abreviar el tiempo, pero desentenderse de él es imposible. Escaso era en verdad el plazo de dos ó tres meses que quedaba, y era muy de temer que si la guerra estallaba de pronto cogiese á Napoleón desapercibido.

Habían suministrado los depósitos á las divisiones del ejército del Rhin y á las cuatro divisiones de Carra Saint-Cyr, Legrand, Boudet y Molitor, todo lo que podían darles, de manera que estas divisiones tenían sus tres batallones de guerra completos y provistos, tanto de veteranos aguerridos como de reclutas suficientemente instruidos. Mas no estaba en el mismo pie la organización de los cuatro batallones, y en esta ocasión sacó Napoleón mucho partido de la guardia imperial. Habíase decidido á confiarle diez mil reclutas del alistamiento de 1810, y seis ó siete mil de las clases anteriores, para que ocupase sus momentos de descanso en irlos forman-

do, lo que ofrecía la doble ventaja de librarlos de una ociosidad peligrosa y de propagar el excelente espíritu que la animaba. Dedicábase á esta utilísima tarea en Versalles, París y lugares circunvecinos, mientras los menos avanzados en edad entre los que la componían militaban en España bajo las órdenes directas del emperador. En muy pocos meses llegó á transformar en soldados consumados en instrucción y disciplina los reclutas que tuvo á su disposición: tomó de ellos Napoleón los que le parecieron más robustos y más adelantados en su educación militar, y formó compañías de granaderos y cazadores, que envió al cuerpo de Oudinot para que contribuyesen á la formación de los treinta y seis cuartos batallones de que debía componerse, en reemplazo de las veintidós compañías ya restituídas al ejército del Rhin. Envio también de los mismos granaderos y cazadores á los depósitos de este ejército, para facilitar la organización de sus cuartos batallones; y al propio tiempo apresuró la llegada y la instrucción de los reclutas que todavía tenía que destinar á la guardia, para emplearlos en completar los cuerpos que no tuviesen en sus depósitos la gente necesaria. Despachó en posta al general Mathieu Dumás, oficial de estado mayor entendido, puntual y activo, para que recorriese todos los depósitos del Mediodía, del Este y del Norte, desde Marsella, Grenoble, Lyon y Strasburgo, hasta Maguncia y Colonia, con encargo de poner en marcha, sin esperar órdenes del ministro de la Guerra, las compañías de fusileros ya dispuestas y destinadas á completar los cuartos batallones. Mandó además que en cuanto empezasen á ingresar en los depósitos los ochenta mil reclutas de 1810, procediesen los regimientos que tenían ventaja sobre los otros á la formación de los quintos batallones, con objeto de preparar los elementos de una numerosa reserva en lo interior y en las costas.

Abundaban los depósitos de caballería en hombres y en ganado, porque Napoleón había estado siempre atendiendo particularmente y destinándoles fondos para la remonta. Sacó de ellos y puso en marcha más de tres mil coraceros, cazadores y húsares, y dictó las disposiciones necesarias para sacar de allí á poco otros tantos. Mandó comprar doce mil caballos de artillería y disponer todos los tiros de esta arma. Mandó al general Lauristón agregar á la artillería de la guardia una reserva de cuarenta y ocho bocas de fuego, y comprar para este efecto mil ochocientos caballos en Alsacia, donde debía tomarlos la guardia al pasar, con todo el material de esta reserva. Por último, como si hubiese adivinado las grandes obras que iba á tener que ejecutar en las islas del Danubio, y previendo la importancia que este inmenso río iba á adquirir en la próxima guerra, dispuso se reuniese, además de los útiles y herramientas que acompañaban siempre al cuerpo de ingenieros, una provisión extraordinaria de cincuenta mil palas y picos que debía conducirse en carros de artillería en pos del ejército. Sacó además de Boloña un batallón de mil doscientos marineros, que fué agregado á la guardia, y como principalmente necesitaba oficiales para los nuevos cuadros, pidió trescientos á la escuela de Saint-Cyr y tomó otros muchos de la guardia. Quiso entresacar de cada liceo, donde sólo había adolescentes de diez y seis ó diez y siete años para abajo, los más aptos para la guerra por su precoz desarrollo, escogiendo diez en cada estableci-

miento. Y no se limitó á esta disposición, sino que mandó á Mr. Fouché formar una matrícula ó empadronamiento de las antiguas familias nobles que vivían retiradas en sus haciendas sin relaciones con el gobierno, para alistar á la fuerza á sus hijos y enviarlos á las escuelas militares. Si se quejaban de esta medida, escribía á Fouché, diréis *que tal es mi voluntad*; á lo cual añadió otra razón menos fútil y descarada, á saber, que no era justo que prevalidas de enojosas excisiones, se eximiesen tantas familias de contribuir á los sacrificios que estaba haciendo la generación presente por la gloria y la grandeza de la generación futura (1). Sacó también varios oficiales subalternos de los vélites y fusileros de la guardia, tropa ya muy aguerrida aunque más moderna que la restante del mismo cuerpo, y proponiéndose hacer mucho uso de su numerosa caballería contra la infantería austriaca, hizo regresar de España los dos oficiales de esta arma que más estimaba, que eran los generales Montbrún y Lasalle. Llamó al mariscal Lannes que estaba en Aragón, y que acababa de rendir á Zaragoza, y dispuso asimismo que se incorporase con él el general Massena.

Aunque no quería todavía cometer ningún acto de hostilidad por cuanto el Austria no se había propasado por su parte á hacerlo, creyó útil ir acercando sus tropas al presunto teatro de la guerra, lo que debía producir la ventaja de conducir las sin cansancio hacia los puntos de concentración, siendo al propio tiempo para el Austria una significativa advertencia que tal vez la obligaría á reflexionar con madurez sobre lo que iba á hacer. Mandó por lo tanto á la división de Dupás dejar las riberas del Báltico para irse acercando á Magdeburgo; hizo que las tropas saxo-polacas substituyesen á todos los destacamentos franceses que aún quedaban en Dantzic, Stettin, Custrin y Glogau; encargó al mariscal Davout que desde Sajonia se encaminase hacia la Franconia, fijase su cuartel general en Wurzburg y dirigiese á Bayreuth una de sus divisiones; al mariscal Oudinot que, previo el consentimiento del rey de Baviera, se trasladase de Henao á Augsburgo; á las divisiones de Carra Saint-Cyr y Legrand que pasasen de las cercanías de París á las de Metz, y á las divisiones de Boudet y Molitor que avansasen de Lyon sobre Strasburgo. Estos tres puntos de reunión, Wurtzburgo, Augsburgo y Stras-

(1) Reprodujimos textualmente esta carta singular, que pertenece al número de las que escribió mientras empezaba desde España á hacer sus primeros preparativos.

Al ministro de Policía.

«Benavente, 13 de diciembre de 1808.

»He sabido que muchas familias de emigrados substraen sus hijos de la conscripción y los tienen en una ociosidad lastimosa y culpable. Es un hecho que las familias antiguas y poderosas que *no están por el actual sistema*, están públicamente contra él. Deseo, pues, que haga usted formar una lista de diez de estas familias principales en cada departamento, y de cincuenta en París, en que se expresen la edad, la hacienda y el estado de cada individuo, porque me propongo expedir un decreto para meter en la escuela militar de Saint-Cyr los jóvenes pertenecientes á estas familias que pasan de diez y seis años y no lleguen á los diez y ocho. Si se quejan de esta medida basta responder que tal es mi voluntad; porque no es justo que la generación futura pague los rencores y mezquinos resentimientos de la generación presente. Si pide usted informes á los prefectos, que sean en el sentido indicado.» (N. del A.)

burgo, debían ser de mucha significación para el Austria. Recomendó al príncipe Eugenio que sin hacer campar sus tropas, cosa que la estación aún no permitía, reuniese sucesivamente hacia el Friul sus cuatro primeras divisiones y todo el material de su artillería y caballería, de modo que pudiese presentar en batalla en veinticuatro horas cincuenta mil hombres. Reiteró la orden dada á Murat de dirigir sus fuerzas hacia Roma para que quedase disponible la división de Miollis; decidió se armasen todas las plazas de Italia y se terminasen las obras más urgentes de Osopo, Palma-Nova, Venecia, Mantua y Alejandría; y por último envió al general Marmont, que mandaba en Dalmacia, la orden de concentrar su ejército sobre Zara, dejando sólo las guarniciones indispensables en las bocas del Cattaro y en algunas otras posiciones interesantes, de construir en Zara un campo atrincherado con vitalla y municiones para un año y de prepararse de este modo ó bien á mantenerse fuerte por varios meses contra numerosas huestes enemigas, ó bien á avanzar para unirse con el ejército de Italia.

A estas manifestaciones militares que aún no constituían ningún acto ofensivo, acompañó Napoleón una manifestación diplomática: mandó al general Andreossy, embajador en Viena, que dejase esta capital, no precisamente pidiendo sus pasaportes, lo que hubiera podido parecer una declaración de guerra, sino alegando que acababa de obtener una licencia de mucho tiempo atrás solicitada; esta disimulada interrupción de relaciones ofrecía á Napoleón dos ventajas, la de poder manifestar su descontento y la de suprimir una causa de exasperación perenne entre los dos gabinetes, puesto que el general Andreossy tenía á la corte de Viena un odio en el que era plenamente correspondido. Por esta razón le mandó retirarse y recorrer á su vuelta todos los acantonamientos austriacos para poder llevar datos determinados sobre los recursos militares del enemigo. Estas disposiciones tan activas y previsoras prueban el grande esmero con que procuraba Napoleón precaver la guerra y disponerse á hacerla. Pero desgraciadamente su ambición política había convertido para él la guerra en una funesta necesidad, cuando ya para sus inclinaciones dejaba de ser un placer.

A estos grandes preparativos había que adaptar los medios pecuniarios correspondientes. Hemos hecho ya la triste observación de que la guerra de España, cercenando de una manera desastrosa las fuerzas militares de Francia por su inevitable diseminación, absorbía en igual grado todos sus recursos por la multiplicación excesiva de los objetos en que era preciso gastar. Aunque la creación simultánea del tesoro del ejército y de la caja de servicio pusiese á Napoleón al abrigo de toda penuria actual, sin embargo, los recursos empezaban á ser menos abundantes y era fácil prever su término, así como el del poderío francés, si no se ponía prontamente coto á tan exorbitantes empresas.

Mantenidos los presupuestos rigurosamente en los límites asignados, lo cual no era difícil estando cubiertos con anticipos suministrados por el tesoro del ejército, los únicos excedentes posibles, dimanados del estado de guerra, tendían á liquidarse sin déficit alguno. Las obligaciones anteriores al año de 1806, pagadas en vales de la caja de amortización (que no eran, como se recordará, más que una paulatina y gradual enajenación de